

EL EMPEÑO DE MIGUEL CASTILLO DIDIER*

Francisco Torres Córdova

México D. F., noviembre de 2004

No parece exagerado afirmar que la lectura cabal sobre todo de una obra literaria de gran calado sería imposible, o si no, menos probable, sin la presencia activa de una pequeña aunque profunda inocencia. Se requiere de mucho más, por supuesto, pero sin esa tensión receptiva del espíritu arraigada en un ámbito acaso fuera del tiempo, la seducción a la vez vehemente y sutil que despliega el aliento del texto, el registro de su voz que confirma, ahonda, disloca o trasciende la nuestra, no se cumpliría. En ese acto –o debería decir, actitud– sencillo, que no simple, de leer así, se teje de manera casi imperceptible la esencial asimetría de los extremos: el placer y el peligro, el rechazo y el encuentro, la confusión y el sosiego. La palabra, el lenguaje, prolongados, dilatados en el texto, vienen del silencio a la articulación del sentido, y el sentido tiene sus exigencias.

Y si como afirma en alguna parte Elytis, “el país de la inocencia no es como algunos lo imaginan; tiene sus santos y sus bestias, sus bosques vírgenes y sus aguas tranquilas. Se necesita estar perfectamente armado para avanzar en él”, tampoco parece exagerado decir además que nadie lee y entiende cabalmente una obra y sale intacto de ella. En la intimidad de su lectura el espíritu ocurre, se concentra, se expande y arriesga ante sí mismo y el mundo. Es él y el otro. Si todo lector genuino sabe esto, el traductor, el traductor de esa obra, lo sabe dos veces, por lo menos de dos maneras adicionales, no por fuerza equivalentes, de ida y de regreso. Personaje prismático, necesario pero oculto, sólido y difuso, emprende, lleno de sentido, lo que en sustancia conlleva, por su imposibilidad de realización total inherente, un dejo de absurdo bien conocido: la reescritura, en su propia lengua, de su lectura de una obra concebida en una lengua extranjera. De

* Francisco Torres Córdova, profesor, escritor y poeta mexicano, México D.F, noviembre de 2004.

Francisco Torres C., El empeño de Miguel Castillo Didier

inmediato la inocencia se multiplica; sus exigencias también. Y el absurdo, que no acaba de serlo, expone la lucidez de sus componentes y el lugar común de una verdad incontestable: Babel no es un mito.

En el tramado de la comunicación, en su modelo esquemático clásico y vigente, se tensan los hilos de las teorías del lenguaje, la filología, la literatura comparada, la lingüística, la gramática, la lexicografía, la semiología, la etnografía, la poética y la filosofía, impulsadas por la transparente e imperiosa necesidad de sólo decir y entender. La historia del *logos* es inseparable de la historia del hombre ante la naturaleza, ante sí mismo y sus semejantes a quienes, precisamente por ello, mira con ojos inquisitivos. Instinto primigenio de la duda. La traducción es el dintel inevitable, la clave y contraclaves que cierran y afianzan la arquitectura de ese arco antiquísimo y siempre reciente, derruido y vuelto a erigir cada vez que un infante articula su primer sonido preñado de sentido, tal vez incluso antes. La conciencia de ser uno junto a la conciencia del otro, hace que la traducción – lectura llevada a sus raíces y extremos–, se sueñe como una ciencia y se ejerza como un arte. Para ello la inocencia parece imprescindible.

Porque ¿cómo emprender entonces una tarea cuyo resultado de antemano se sabe incompleto, una aproximación incesante e incesantemente incumplida, un peligroso remontar el tiempo y el espíritu de otro tiempo y otro espíritu ceñidos por el instante, por la emisión espontánea, irreplicable e imbricada de pensamiento y sensación, conocer y salvar los grandes obstáculos que presentan sus mínimos matices, sus giros repentinos e impredecibles, sus sorprendentes callejones sin salida, las trampas ocultas que la rodean y que, a pesar de toda preparación anterior, en ocasiones no se descubren sino hasta que ya casi es demasiado tarde –y a veces en efecto lo es– y además, y a pesar de todo, dejarse seducir por ella y disfrutarla *para* compartirla, si no es así, en sustancia así, con esa inocencia? Si en la escritura del original algo siempre queda fuera del texto, en la lectura y traslado de ese texto a otra lengua la ausencia es inexorablemente mayor, por un detalle que en el camino se expande, por una omisión o equívoco que en lugar de *propiciar* la metamorfosis la impide o la deforma, contrae o perfora su tejido. El círculo del conocimiento y la experiencia, esas armas que aporta la inocencia, poderosas y perfectibles, no parece cerrarse con absoluta precisión. Las puntas de sus pinzas no acaban de coincidir, sus redes nunca son lo suficientemente fuertes y finas. El fenómeno del lenguaje humano, en su totalidad y en cualquiera de sus manifestaciones específicas, quiero decir, en cada lengua, en la labor de la traducción aprieta todas sus ligaduras. Dos

lenguas que se encuentran la hacen necesaria pero, en rigor, especialmente en una obra literaria, también son ellas las que la hacen imperfecta; incluso hay quienes afirman que la vuelven imposible –“ninguna cosa armonizada por el enlace de las musas se puede llevar de su habla a otra sin romper toda su dulzura y armonía”, afirmó Dante, para citar sólo un ejemplo ilustre. Aunque los términos implicados en el proceso son obvios, las fuerzas que inciden en su oscilante equilibrio son delicadas. Muchas cosas dependen de él, desde hace miles de años. Y es que ese “misterioso deber” del traductor, como lo llama George Steiner, esa labor minuciosa sobre un terreno de naturaleza tan inestable, no puede no realizarse. Detrás de esta paradoja, que no anula su sentido, además de lo que ya hemos anotado, hay una vocación. El traductor, el buen traductor es, pues, un inocente, fuertemente armado y acaso también, y a su modo, un temerario que sigue, por intuición y deseo –lucidez del impulso arraigado–, su vocación de puente entre dos formas vivas de leer y decir el mundo.

En la tradición latinoamericana de neohelenistas y traductores de las letras griegas modernas, don Miguel Castillo Didier asume y confirma, con la humildad que da la excelencia, las condiciones que impuso Babel. Fuera de toda duda, la variedad, concentración y contundencia de su obra lo respaldan y, lo que es más, lo identifican. Su bitácora de navegación, su *Diario de a bordo*, para evocar a Seferis, en el continente y el archipiélago heleno, recorren un periodo de mil años, y casi podría decirse que en todos se detiene. Con sólo acercarse a algunos de sus trabajos, entre los más de noventa que ha producido y las más de cien voces que ha *reproducido*, inmediatamente se tiene no la impresión sino la certeza de que se está frente a un hombre que es, él solo, una multitud. Y su campo visual es tan preciso como la concentración de su mirada. Los estudios que acompañan sus antologías, los ensayos alrededor de la tradición lírica popular, o de la obra de grandes figuras de la literatura neohelena y universal como Kavafis, Solomós, Palamás, Seferis, Elytis, Ritsos y Kazantzakis, por sólo mencionar a algunos, exudan conocimiento, una sencilla y vigorosa eficacia, una claridad pausada, sin prisas y sobre todo, entre líneas, ese asombro del intelecto seducido que cuanto más sabe más se prodiga. Escribe y traduce con una vocación llevada a los altos niveles de la exigencia profesional, pero no se olvida: intacta a través de los años, su inocencia de lector radical lo pone en evidencia, lo identifica. En este sentido, su labor de dar a conocer las letras griegas modernas es dar a conocer dos veces lo suyo, por el lado griego y por lado de su propio idioma, que es su tradición y su historia, que son las nuestras. Esta condición lleva

Francisco Torres C., El empeño de Miguel Castillo Didier

implícito un entusiasmo —esa palabra tan griega— transparente y esencial que es, sin duda, una de las delicadas líneas de su huella digital intelectual.

Una huella que no requiere de lupa para verla. Y que sería impensable que no tuviera consecuencias, hacia adentro y hacia fuera. Para tener cuando menos un atisbo, ¿no bastaría con asomarnos, no sin cierta osadía, a la mesa de trabajo de don Miguel y preguntarnos, de cerca y con genuino interés, para mencionar dos ejemplos y no en detrimento de sus demás esfuerzos, qué significó, qué implicó la traducción de la obra completa de Kavafis? ¿O, más aún, los 33, 333 versos de la *Odisea*, de Kazantzakis? En el fascinante y a la vez áspero roce con las palabras, y con las palabras el prodigio cotidiano del verso —ese instante vertical como diría Gaston Bachelard—, los pesados diccionarios y difíciles tratados de uno y todos los tiempos apilados aquí y allá, o quizás ordenados con amoroso esmero en sus estantes, las horas hombre, las horas lápiz, los borradores de la reflexión simultáneamente alerta y relajada en los recovecos de la dicotomía entre la “letra” y el “espíritu”, con el oficio y la esperanza de que el encuentro se diera y don Miguel, en ese rincón estratégico de su ser traductor, *sufriera* la fusión, *completara* la metamorfosis, para que al final Kavafis y Kazantzakis aparecieran en nuestra lengua, no “a cambio” de otro texto sino “en su lugar”, como quería Goethe, ahí, en ese aparente desorden, en esa madeja que busca reconstruir en lo posible una irrepetible armonía, está la huella y sus consecuencias visibles, su letra legible pues, incluso, por qué no, en la piel.

El atisbo nos devuelve, apenas en justicia y por la imaginación, algo de la peculiar y múltiple figura de Miguel Castillo Didier. Pues el traductor, que tanto penetra en el texto, debe buscar desaparecer, permanecer en la sombra. Nadie lo logra del todo; pocos lo intentan de veras. Pero cuando esos libros —que son y no son suyos porque en rigor el traductor, en nuestra lectura de la obra, no tiene nombre— llegan a las manos de un desconocido lector que no sabe griego, no es extraño que el ciclo se reinicie e, impulsado por lo que ha leído, emprenda su propia aventura. De ser así, don Miguel Castillo Didier habrá contribuido a eso. En su mesa de trabajo, en la elección de una palabra por otra, en esa engañosa, mínima diferencia que puede prolongar o vincular distancias gigantescas, es probable que se juegue más de un destino. Fenómeno éste que en sí mismo no tiene nada de particular —el destino es asunto cotidiano— si no fuera por la tranquila conciencia que don Miguel ya puede tener de haber sido su intermediario legítimo, su cómplice real, lúcido y callado.

Cómplice no nada más, claro está, de las voces con nombre que ha traducido –hemos mencionado sólo unas cuantas a las que habría que agregar la de los grandes poetas sin nombre del canto y la poesía populares– sino también de la enorme tradición de la lengua griega. Se dice en una sola línea, pero se trata de miles de años de roce de las palabras con las cosas y con las ideas, sus sonidos y texturas, de una de las lenguas con más genio en la expresión humana. Y es que, como dice Elytis, “la correspondencia que presenta la lengua griega por lo menos con una parte de lo que llamaremos ‘primeros conceptos’ es sorprendente, diría algo más: restrictiva a la vez que privilegiada. Entonces, y si, por ejemplo, alguien no quisiera aceptarlo lógicamente, a pesar de ello estaría obligado a reconocer que, en su mismo funcionamiento, *muchas veces este instrumento conduce más los conceptos que expresa que lo que es conducido por ellos*”.

Aunque es sabido, parece que uno nunca acaba de saberlo por completo, el griego es una lengua que ha conferido al pensamiento algunos de sus primeros y fundamentales andamiajes. El orden sonoro y conceptual de un bautismo. En su continuidad y evolución, su pulso sigue sonando en los oídos de Occidente. En chino no sé, pero entre nosotros, el *logos* griego, esa palabra precisa y multidimensional ¿se dice, en realidad, de otra manera? Es, pues, una lengua que viene de lejos. Quien se interne en sus territorios deberá estar dispuesto al tañido de esa lejanía y, por supuesto, a su plena vigencia, lo cual implica no pocas destrezas. La literatura griega moderna, los textos y autores que don Miguel ha trabajado, sobre todo su poesía, son portadores de ese carácter, de ese rasgo distintivo capaz de poner a una cultura a la vez en el rigor de su presente y en la cima de su infancia. La complicidad inherente al trabajo de don Miguel es de ese tamaño y, por su continuidad y congruencia, quizá la consecuencia afortunada y sostenida de una de esas fascinaciones sin bordes ni fisuras de las que sólo es capaz, precisamente, la infancia. En todo caso, el aliento de la lengua griega sigue soplando en Occidente su espíritu. Traducirla, como lo ha hecho don Miguel, es saberlo desde dentro.

Pero también es saber, y debo insistir porque Babel insiste, que en el arte de la traducción hay, permanece, una zona oscura, inaccesible. Al final, Babel siempre triunfa. Pero sus pequeñas derrotas, nunca plenas, son en verdad imprescindibles. Sin ellas, el silencio en el mundo sería absoluto. Es por eso que sus zonas de acierto, por estrechas que sean, al decir de Nietzsche, son una conquista. El diálogo es, por excelencia, una de ellas. Y si a pesar de la antigüedad de su proceso aún no deja de ser sorprendente, es porque al mostrarse en la lengua receptora, después del nudoso viaje, por un instante la

Francisco Torres C., El empeño de Miguel Castillo Didier

traducción pone en relieve la intensa y fugaz nevadura de los pequeños “milagros” hechos por la mano del hombre. Aunque no hay milagros humanos sin una cierta melancolía; de otra manera no lo serían:

Detrás del nombre hay lo que no se nombra;
Hoy he sentido gravitar su sombra
En esta aguja azul, lúcida y leve,

Que hacia el confín del mar tiende su empeño,
Con algo de reloj visto en sueño
Y algo de ave dormida que se mueve

dicen los versos de Borges. De este empeño don Miguel ha hecho su vida. Muchos de sus lectores lo saben y, como ellos, aquí estoy, agradecido.

Centro Cultural Mapocho, noviembre de 2004.